

El hombre freudiano y el nuestro

Una primera versión de este trabajo fue presentada en Tarragona en abril de 2005 y está publicada con el título de “Síntomas de la masculinidad contemporánea: ¿el declive de lo viril?” en Actas V de la AePCL (Asociación española de Psicoanálisis del Campo Lacaniano)

Manuel Baldiz

**Mesa redonda sobre Diferencias sexuales en la erótica actual
Barcelona, 29 de septiembre de 2006**

Dos consideraciones previas, una sobre el título y otra sobre la naturaleza del trabajo:

El título que he elegido “El hombre freudiano y el nuestro” está inspirado directamente en una conocida frase de Lacan en el año 1964 que dice “El inconsciente freudiano y el nuestro”. Es un momento de la enseñanza de Lacan en el que empieza a explicitar sus diferencias con respecto de Freud, y ese sintagma tiene una ambigüedad que conviene retener, dado que puede significar tanto que son el mismo (la misma concepción del inconsciente, la de Freud y la “nuestra”) como que son diferentes: está primero el inconsciente tal y como Freud lo teorizó y luego está “el nuestro”.

Entonces, con relación al asunto de la masculinidad y del hombre, podemos jugar con esa misma tensión dialéctica: ¿son el mismo hombre aquel que conceptualizó Freud y el “nuestro”, el que nosotros conceptualizamos hoy? ¿Siguen siendo válidas las categorías freudianas para pensar al hombre en general y al hombre del siglo XXI en particular?.

Segunda consideración. Acerca de las características del trabajo que quiero compartir hoy con ustedes, se trata tan solo de advertir que lo que les voy a presentar no son más que fragmentos de una investigación en curso –iniciada además en un cártel, junto a otros colegas- y que sigue abierta; es decir que no pretendo en absoluto dar el tema por concluido, ni mucho menos. Les traigo, pues, algunas descripciones, algunas reflexiones, quizás alguna pequeña provocación, y bastantes interrogantes que estaría bien poder retomar en el momento del debate.

Paso ya, sin más preámbulos, al asunto que me ocupa.

Una serie de cuestiones de muy diferente naturaleza han creado en los últimos años un caldo de cultivo propicio al fenómeno que se ha convenido en llamar la crisis de la masculinidad. Mencionemos rápidamente algunas de esas cuestiones, aunque no podré detenerme a explicar cómo han ido incidiendo en esa supuesta crisis:

- 1) Investigaciones científicas cada vez más sofisticadas que demuestran diferencias biológicas entre hombres y mujeres, ampliamente comprobadas a nivel cromosómico en estudios muy recientes e incluso a nivel cerebral, pudiendo proclamar desde el discurso científico-positivista que la diferencia sexual no es solamente una construcción socio-cultural. Incluso el cerebro tiene sexo. Así por ejemplo parece cada vez más claro que el cerebro femenino está menos lateralizado que el masculino, lo que quiere decir que las estructuras cerebrales de las mujeres tienen mayor comunicación entre los hemisferios.
- 2) La consolidación, aunque todavía no completa, de muchas de las reivindicaciones feministas de las últimas décadas respecto a la igualdad de derechos entre hombres y mujeres. No es necesario recordar que el siglo XX ha sido básicamente el siglo de la revolución femenina.
- 3) El auge de la homosexualidad tanto en lo que respecta a su creciente visibilidad y a su presencia cada vez mayor en los mass-media, como en lo que se refiere también a las reivindicaciones de los homosexuales para obtener un trato igualitario en asuntos como la adopción, el matrimonio, las ayudas sociales, etc...
- 4) El auge de la cultura “queer”, un fenómeno más de lo que Anthony Giddens denomina la “sexualidad plástica”, o sea la sexualidad liberada de las exigencias de la procreación. Lo queer es lo raro, lo transgresor, la crítica activa y cotidiana de la creencia en el dualismo sexual, planteando provocadoramente que hay más sexos y que no todo puede reducirse a hombre-mujer y a heterosexual-homosexual.

No se si todos ustedes saben que a finales de los años 70 empezaron los llamados “movimientos de los hombres”, unos claramente antifeministas y nostálgicos de los tiempos perdidos, y otros a favor de la igualdad entre hombres y mujeres, calificándose a sí mismos como hombres antisexistas o igualitaristas y difundiendo la idea de que “otra manera de ser hombre es posible”. Siempre como respuesta al empuje del feminismo, unos espoleados en positivo por éste y otros en negativo. Tanto unos como otros suelen reunirse en grupos a fin de reflexionar acerca de cómo ser hombre en la época actual.

Puede decirse que estamos asistiendo a una dura toma de conciencia de las limitaciones que supone llevar sobre los hombros el papel cultural asignado a lo masculino. Y a la vez una especie de búsqueda del Santo Grial de la masculinidad verdadera. Al hombre del siglo XXI ya no le sirven las referencias masculinas de las generaciones precedentes. Hay un claro rechazo a la lógica patriarcal, que se articula de algún modo

con el supuesto declive de la función paterna. Pero de la misma manera que el supuesto declive del padre no está tan claro, conviene no precipitarse antes de anunciar –como hacen algunos- el declive de lo viril.

Se nos dice que los hombres se están transformando. El “hombre solar” quiere explorar su lado oculto y aceptarse también como “hombre lunar”. En un movimiento correlativo, se empieza a hablar también de las mujeres solares.

La deconstrucción del hombre testosterónico implica, entre otras cosas, cuestionarse su identidad guerrera. El último mohicano da paso al “varón perplejo” que intenta por todos los medios -y con mayor o menor fortuna- incorporar supuestos atributos femeninos como la ternura, la vulnerabilidad, la sensibilidad, etc.... Algunos autores ya advierten de las muchas paradojas que entonces se presentan. Así por ejemplo Paule Salomón escribe: “Al integrar su parte femenina, corre el riesgo de seguir siendo un eterno hijo de su madre, demasiado tierno, demasiado amable, demasiado fascinado por la mujer”.

El síntoma social de la metrosexualidad se inscribe de pleno en este magma. Y quiero aclarar brevemente que utilizo la expresión “síntoma social” (expresión muy problemática) en su sentido más trivial de algo que acontece en la sociedad y que puede suscitar la pregunta acerca de lo que hay en el fondo de ese acontecer ó ese fenómeno.

Se nos quiere presentar al metrosexual como a un supuesto ideal prefabricado del varón posmoderno, ideal en todo caso para las multinacionales de la moda, la cosmética y la publicidad. Si la mujer que hacía gala de modernidad durante las primeras décadas del siglo XX era la que conseguía sacar partido de su lado masculino, el hombre verdaderamente posmoderno un siglo más tarde parece ser aquel que se atreve a bucear sin complejos en sus contradicciones de género y sacar a flote su lado femenino. “Metrosexual” es el término acuñado en 1994 por un periodista americano, Mark Simpson, con el que se intenta nombrar una estética eminentemente urbana (de ahí el prefijo “metro”) y de condición heterosexual aunque abraza también el gusto por la imagen y el cuidado personal propio de un amplio sector de los gays. Es elegida como mejor palabra de nueva creación en el 2004 por la comunidad internáutica estadounidense. En estos 10 años el significante en cuestión ha servido para construir una suerte de caricatura del hombre moderno que disfruta haciéndose peelings corporales con la línea de productos que utiliza su actor favorito, abarrota la repisa del

baño de cremas exfoliantes, hidratantes y antiarrugas, se presta a intervenciones de cirugía estética en reñida competencia con las mujeres (que hasta hace poco eran la abrumadora mayoría de las usuarias de dichas operaciones) y no se avergüenza de empezar a interesarse por la flamante alta joyería masculina y practicar el deporte preferido del escritor y dandi Tom Wolfe que no es otro que ir de tiendas y mirar escaparates.

Algunos de los grupos de hombres más concienciados ya empiezan a advertir que este supuesto viaje de Ulises hacia nuevos espacios de identidad está siendo pilotado en parte por las fuerzas del mercado, con lo que Ulises no sólo no se libera sino que se esclaviza todavía más a la tiranía de la apariencia y el consumo.

Más allá de esa lúcida crítica, si tratamos de pensar este nuevo síntoma social desde la perspectiva analítica ¿puede hablarse de la moda metrosexual como de una especie de mascarada masculina?. Sería un error considerar la estrategia del semblante y/o de la máscara como algo restringido a la posición femenina y opuesto a la supuesta llaneza del hombre obsesivo. No se puede ignorar la naturaleza de semblante que se asume a menudo dentro de la propia respuesta viril más tradicional, que en ciertos sujetos es vista como un tipo ideal de la posición sexual masculina resolviéndole desde “fuera” sus propias vacilaciones sexuales. Pero, además, eso de que determinados hombres se ocupen tanto de su imagen no es tan novedoso como se nos quiere hacer creer. Casi cada época ha tenido fenómenos parecidos, como por ejemplo los burgueses europeos de los siglos XVII y XVIII que todos hemos visto en cuadros y películas: vello depilado, maquillaje más exagerado incluso que en las féminas, y espectaculares pelucas para darse aires de distinción.

Otra cuestión a tener también en cuenta ¿Qué le pide la mujer heterosexual actual al hombre contemporáneo?. Más allá de las variaciones particulares de cada caso, puede adivinarse una doble demanda nada fácil de resolver que incrementa aún más la perplejidad del “príncipe destronado”, que se siente convocado simultáneamente al lugar de hombre fuerte y al de hombre “igual”. Por un lado, las mujeres pretenden hacerse con parcelas del territorio tradicionalmente masculino, tanto en el ámbito profesional como en el doméstico, y esperan que el hombre acepte ese cambio como parte de una evolución necesaria e imparable. Pero, por otro lado, muchas mujeres no quieren renunciar del todo a que el hombre les siga proporcionando en las circunstancias adecuadas la protección, la seguridad y el amparo que tal vez necesitan

en aquellos momentos en los que la tarea de ser una “superwoman hiper-moderna” les pesa demasiado y desean abandonarse a la vieja sensación de niña-mujer amada y protegida.

Es preciso recordar que Lacan (apoyándose en Freud) nos enseñó que tanto los hombres como las mujeres suelen retroceder ante lo femenino. El Otro sexo, lo radicalmente “heteros”, siempre es el sexo femenino. En psicoanálisis hablamos constantemente del enigma de la feminidad. La pregunta freudiana “¿qué quiere una mujer?” y el aforismo lacaniano “La mujer no existe” no cesan de producir más y más literatura, investigaciones y teorizaciones sofisticadas e interminables, pero ¿acaso está tan claro para todos nosotros qué es eso de ser un hombre?. ¿Está la condición masculina exenta de una interrogación más crítica y una puesta al día rigurosa por parte del psicoanálisis?. Si evocamos los hombres estudiados clásicamente desde el psicoanálisis, nos apercibiremos de que ninguno de ellos puede ser entronizado como paradigma de lo masculino y menos aún como ideal de la masculinidad. Tenemos muy diversas figuras de lo masculino en los textos psicoanalíticos. Empezando por Freud, y sin ser exhaustivos, encontramos en el padre del psicoanálisis numerosos hombres cuya condición viril puede ser puesta fácilmente en entredicho, incluso aunque no sepamos a ciencia cierta cómo definir eso de lo viril: Leonardo da Vinci y su extrema sublimación de La Mujer, Dostoievski y su posición claramente femenina, Schreber pretendiendo ser la mujer que falta a todos los hombres, el hombre de las ratas atrapado en los meandros del goce que le impiden abordar directamente a la mujer de sus sueños, y un bastante largo etcétera.

En los posfreudianos, los ejemplos se multiplican, e incluso se procede al desmontaje de uno de los mayores mitos de la masculinidad, el mito de Don Juan, al que se le atribuyen elementos femeninos y/o homoeróticos apenas ocultos tras las conquistas compulsivas. El donjuanismo se revela en todo caso como una tentativa inagotable y agotadora de suplir aquello que desde Lacan denominamos la falta o la inexistencia de la relación sexual.

En Lacan la cuestión de lo masculino es más compleja si cabe. Los hombres de los que se ocupa configuran un abanico interesante de personajes, que van desde el escritor André Gide confrontado a la escisión entre su esposa Madeleine y su gusto por los jóvenes efesos, hasta el caso Hamlet que Lacan reinterpreta enfatizando su procrastinación frente al acto y su turbación frente al goce de la madre, pasando por

James Joyce y la escritura que le da un ego y le proporciona un nudo que le salva de la locura.

Desde siempre muchos sujetos han acudido al análisis con la demanda implícita o explícita de tratar de ser más hombres: problemas sexuales, dependencia excesiva de los padres, posición pasiva frente a la esposa o la amante, e inhibiciones varias. Quizás la novedad en la clínica actual estriba en que este fenómeno social de la supuesta crisis de lo masculino está permitiendo que aflore con fuerza la histeria de muchos pacientes varones, sacudiendo con fuerza el ya un poco obsoleto esquema dual de mujeres histéricas y hombres obsesivos. Bastantes síntomas de los hombres de hoy pueden pensarse como manifestaciones histéricas. La vieja y querida histeria, esa que se esconde incluso en el núcleo de los obsesivos, se muestra en la clínica contemporánea con una presentación tal vez algo diferente de las modalidades clásicas, pero con la pregunta de siempre, la pregunta por la identidad sexual.

¿Qué es el hombre?: poca cosa, tal y como escribe acertadamente el siempre lúcido Luis Martín Arias en su artículo “Deconstruyendo al hombre” a propósito de cómo aparecen representados los personajes masculinos en la película de Almodóvar “Hable con ella”: “Uno se pasa toda la película llorando y parece bastante incapaz de hacer nada, mientras que el otro es Benigno, que despierta a la bella durmiente violándola. El hombre, poca cosa. Es un enano, una pequeñez, algo casi insignificante frente a ese gigantesco sexo femenino que aparece en la parodia muda del increíble hombre menguante. El hombre, todo él, sólo alcanza a convertirse en minúsculo y risible falo, que es succionado al interior de ese ídolo devorador que no es otro que la Mujer”.

Algunos autores, incluso en ocasiones dentro del propio campo analítico, postulan que hay convergencia entre la masculinidad y la paternidad, mientras no sucede lo mismo con relación a las mujeres, dado que en el caso de éstas más bien podemos afirmar - desde Lacan- una clara disyunción entre ser madre y ser mujer. ¿Pero es realmente cierto que existe una convergencia entre ser hombre y ser padre?. A mí no me lo parece en absoluto, y en muchos casos puede ser una falsa salida frente a las dificultades de identidad del sujeto, un modo de obturar desde el acceso a la paternidad la verdadera pregunta por la posición sexual, una forma –en definitiva- de negar la castración..

En todo caso, y ya que hablamos de pasada del padre, un fenómeno muy interesante a tener también en cuenta es el debate creciente entorno a la custodia compartida de los hijos. Muchos hombres separados exigen tener los mismos derechos que las mujeres respecto de sus hijos, desmontando así otro de los mitos tradicionales que sostenía que es más “natural” que los niños se queden con las madres.

Si volvemos de nuevo a Lacan, la sexuación en el hombre exhibe una aparente contradicción entre el “todos” de la función fálica y su excepción por el lado del padre del goce. Lejos de ser contradictoria, la construcción del universo masculino muestra que la excepción no solamente confirma la regla sino que le da fundamento. Este punto nos llevaría a dilucidar con claridad la cuestión de los registros del padre, asunto que excede a nuestra intención. Sea como sea, la consecuencia lógica es que todos los hombres -menos uno, mítico- están marcados por la fragilidad y, en cierto modo, por la impotencia. La impotencia es el síntoma masculino por excelencia, verdadera paradoja que condensa de manera admirable muchas de las cuestiones que estamos examinando. No es extraño que el Viagra sea uno de los fármacos más consumidos en todo el mundo.

Lacan no llegó a proclamar nunca que el hombre no existe, pero en algunos lugares de su enseñanza le falta muy poco para decirlo con todas las letras. Así por ejemplo, en el Seminario 17, dice a su auditorio: “lo que podría ser llamado el hombre, es decir el macho como ser que habla, desaparece, se desvanece por el propio efecto del discurso, del discurso del Amo (...) al no escribirse sino como castración” (Lección XI, p.165, editorial Paidós).

Quiero, antes de proseguir, que quede bien claro que no apunto exactamente a una “inexistencia” del hombre, aunque en lo social se escucha cada vez más la pregunta ¿Dónde están los hombres? ó la queja ¡Ya no hay hombres!. Y, a lo sumo, si pudiésemos hablar de cierta “inexistencia” del hombre, sería de una naturaleza completamente distinta a la de la inexistencia de La Mujer, que es de orden estructural.

Para Lacan el ser sexuado masculino se define como aquel que tiene el falo, no el pene como en Freud –esto es importante- sino el falo. Para tener el falo, el sujeto deberá, por un lado, dejar de serlo, y por otro lado dejar de consolarse con objetos autoeróticos.

La verdadera dificultad para los parlantes provistos de pene estriba en cómo renunciar a ese partenaire privilegiado que es el órgano viril, el partenaire “de primera mano” si me

permiten el chiste, y arriesgarse entonces a buscar el partenaire del Otro sexo (con mayúsculas), la verdadera apertura a la otredad. Ése y no otro es el drama de todo sujeto que quiera acercarse a la masculinidad, y ha existido desde la noche de los tiempos aunque quizás ahora las circunstancias sociales, culturales y científicas han hecho que aflore de una manera más sintomática que nunca.

Regresando a lo que decíamos al principio, el psicoanálisis puede intervenir en el debate público entorno a la supuesta crisis contemporánea de la condición viril, señalando algunas cuestiones esenciales como por ejemplo la constatación de la inercia que supone para muchos sujetos varones el hecho de ubicar en el lugar de su pareja de goce no a un otro real sino diversos objetos, gadgets varios, que el neocapitalismo está siempre dispuesto a brindarle consolidando aún más su condición de célibes del goce, abstencionistas del otro.

Los analistas podemos igualmente tratar de poner en evidencia que muchos de los que se dicen heterosexuales no lo son tanto como ellos creen, puesto que el inconsciente no admite la diferencia sexual y se rige siempre por la lógica fálica. Forzando las cosas, podemos incluso sostener que el inconsciente es de algún modo homosexual, dado que siempre busca más de lo mismo, y por ello el camino más arduo (a pesar de su supuesta mayoría estadística) es el que pasa por el acceso a la heterosexualidad.

En esta “modernidad líquida” en la que todo el mundo exalta lo “homo” y lo “auto” (la famosa autoestima que se ha convertido en una palabra fetiche que sirve para cualquier cosa, y los ridículos libros de autoayuda), reivindicemos también la alteridad. Hay que interesarse de verdad por el otro y por lo otro, no solamente “tolerarlo” como ahora se nos dice en mensajes de peligrosa equivocidad y paternalismo.

El psicoanálisis no ofrece modelos de cómo deben ser los hombres, igual que no ofrece modelos de nada; pero ofrece a aquellos sujetos de la “raza masculina” que quieran intentarlo la posibilidad de hacer un trabajo de indagación acerca de sus condiciones de goce y de las coordenadas de su deseo.

El hombre contemporáneo debería poder salir de las trampas imaginarias del modelo patriarcal-fálico sin necesidad de tener que feminizarse por ello, y aunque a la vez podamos decir también que en toda cura analítica se produce siempre, de algún modo, cierto grado de feminización.

Un hombre que acepte realmente lo “hétero” pero sin confundirse con el otro sexo. Y, obviamente, un hombre que esté dispuesto a “soportar” los enigmas del deseo y el goce femeninos sin tener que recurrir jamás a la violencia.